

1

EL COLAPSO SOCIALISTA LA MANÍA DEL IGUALITARISMO - EN BUSCA DEL ERROR FUNDAMENTAL

Benegas Lynch: Creo, Gustavo, que uno de los ejes centrales de los socialismos estriba en la manía del igualitarismo, es decir, la guillotina horizontal aplicada por los aparatos estatales. No se necesita ser muy perspicaz para comprobar que todos los seres humanos somos diferentes desde el punto de vista anatómico, biológico, fisiológico, bioquímico y, sobre todo, psicológico. Naturalmente las diferencias se traducen en diferentes resultados. En realidad es una suerte que seamos distintos porque si fuéramos iguales el tedio sería inmenso ya que la misma conversación se asimilaría a hablar con el espejo, además de que se desmoronaría la cooperación social ya que la división del trabajo se tornaría sumamente pastosa.

Por otra parte, la referida guillotina horizontal contradice la asignación de los siempre escasos recursos que establece la gente con sus compras y abstenciones de comprar. Robert Nozick destaca que le llama la atención que las personas en el supermercado distribuyen ingresos cuando eligen sus adquisiciones y luego los políticos proponen “re-distribuir”, es decir, contradecir las previas elecciones: volver a distribuir por la fuerza lo que libre y voluntariamente distribuyó la gente.

El empleo de la violencia gubernamental para estos menesteres no sólo afecta derechos de propiedad sino que al dilapidar capital los salarios e ingresos en términos reales disminuyen puesto que las ta-

sas de capitalización constituyen la única causa de salarios e ingresos. Además, las nivelaciones hacen que los que se encuentran por encima de la marca redistribucionista, si saben que serán expropiados por la diferencia, tenderán a no producir y los que se encuentran por debajo de la aludida línea divisoria esperarán infructuosamente ingresos que no les llegarán debido al primer efecto señalado.

Pero hay algo más de fondo y es la imposibilidad de llevar a cabo el igualitarismo de modo riguroso. Esto es así debido a que -a partir de las jugosas elaboraciones del decimonónico Carl Menger- resulta claro que las valorizaciones son subjetivas, y aunque todos los sujetos participantes dijeran la verdad sobre sus valores, el galimatías está garantizado ya que no resultan posibles las comparaciones intersubjetivas ni pueden referirse a números cardinales. Y si se dejara de lado estas objeciones de gran calado alegando que se tomarían referencias “objetivas” de los precios, debe apuntarse que esos indicadores están adulterados precisamente debido a las intervenciones igualizadoras. Por último, la igualación inexorablemente implica mantener el espíritu totalitario con carácter permanente, puesto que debe recurrirse a la fuerza en cada instante, de lo contrario se pondrían en evidencia desigualdades debido a usos distintos de lo recibido en concepto de repartición.

Anthony de Jasay ha explicado que es autodestructiva la metáfora tomada del deporte en cuanto a que “todos tienen que partir sin herencias que otorgan ventajas en la carrera por la vida”, puesto que el que se esforzó por llegar primero es nuevamente nivelado en la próxima partida con lo que convierte en inútil su esfuerzo.

Como habrás comprobado, son innumerables los escritos donde se critican las diferencias de rentas y patrimonios, pero en la sociedad abierta (para recurrir a lenguaje popperiano) esas diferencias resultan esenciales para el progreso al efecto de asignar factores de producción allí donde es más productivo a criterio de la gente que premia con ganancias a quienes aciertan en sus demandas y castigan con pérdidas a quienes yerran. Por supuesto que las ventajas de las desigualdades patrimoniales no se aplican allí donde hay empresarios prebendarios que obtienen sus beneficios debido a su amistad con el poder de turno que les otorga toda clase de privilegios.

Por eso es que en una sociedad libre indicadores de la dispersión del ingreso como el Gini Ratio y equivalentes resultan irrelevantes

en este contexto puesto que, como queda dicho, el delta es consecuencia de las propias decisiones de las personas en el mercado. El asunto estriba en que, tal como lo reitera la historia, en una sociedad libre el promedio ponderado mejora pero no se trata de achatar las diferencias, política que, precisamente, conspira contra aquel mejoramiento.

*

Perednik: Me parece didáctico que hayas comenzado nuestra autopsia con la manía del igualitarismo, ya que ésta constituye la raíz de la debacle socialista. Me gustaría detenerme brevemente en la naturaleza del colapso.

La iniciativa que nos convoca, Alberto, no merece menos que la denominación de “autopsia”, porque la evidencia es rotunda.

Más de treinta países, uno a uno, han rechazado el comunismo después de padecerlo por décadas. Los pocos que siguen aferrados al decrepito esquema, como Cuba o Corea del Norte, ya mostraron algunos síntomas del cambio hacia *La gran idea*, como titulara Henry Hazlitt a su clarividente novela de 1951.

Los pimpollos de libertad son la reacción ante la pobreza y el fracaso a los que los arrastró el socialismo real. Entre ellos, me parece que el ejemplo que más chirría es la República Socialista de Vietnam, proclamada el 2 de julio de 1976 después de tres lustros de una contienda en la que perdieron la vida más de tres millones de personas. Los enfrentamientos habían concluido con la disolución de Vietnam del Sur y su incorporación forzada al sistema socialista. El objetivo era no dejar un palmo de tierra vietnamita con propiedad privada.

Transcurrió sólo una década desde la guerra atroz y, en 1986, el Partido Comunista de Vietnam implementó el Doi-Moi (“renovación”), que consiste en la gradual introducción del mercado libre, la propiedad privada de granjas y de compañías, la desregulación y la inversión extranjera. Su efecto fue crear una economía de rápido crecimiento, con aumento en la producción industrial y agrícola, en la construcción, la vivienda y las exportaciones.

A la luz de ese proceso, la Guerra de Vietnam pareciera haber sido en vano. Y las múltiples guerras que ella inspiró, y la Guerra Fría, y las interminables purgas y revoluciones, y tanta muerte por doquier.

Es que, casi al final del siglo XX, el mundo despertó de la pesadilla: la solución marxista fue un espejismo. Ya sea porque existió simplemente en la mera e inútil teoría, o bien porque, cuando intentó llevarse a la práctica, produjo sólo liberticidio y estancamiento.

Salteemos desde el comienzo la distinción entre el diagnóstico y la terapia social. Es falaz la apología de que “el marxismo hace una descripción correcta de la realidad, pero en cuanto se lo aplica a la misma no produce los resultados esperados”. Si una vacuna, un descubrimiento o una idea, no produce los resultados deseados, es porque lleva intrínsecamente un error en sus presupuestos teóricos. Esos presupuestos deben ser revisados hasta que revelen su esencial equívoco.

Para los comunistas, es arduo reconocer lo que ha ocurrido, ya que no puede minimizarse la muerte de millones de personas por hambre y persecuciones bajo el epíteto de “error”. Para los no-comunistas de izquierda, se impone un replanteo de otra índole, considerando que también ellos fundamentaron su ideología en los principios que fracasaron.

Algunos siguen negando que los resultados que deparó la realidad distaran de lo que previó la doctrina, limitándose a que “Aquí no ha pasado nada”; otros descartan el enorme colapso como si hubiera sido un simple desliz.

Pero la realidad es imperativa: no basta una autocrítica retrospectiva, porque el enorme desliz dejó a sus víctimas exangües. El fracaso del socialismo no se extendió por apenas algunos meses, sino durante ochenta años y en decenas de países. Cabe por ello una cabal autopsia, y sugiero que la comencemos guiados por dos preguntas:

- *¿Cuál fue el error fundamental del marxismo, que desveló su insuficiencia inherente para explicar cómo funciona la sociedad?*
- *¿Por qué el error pudo engañar a tantos, incluso a mentes brillantes, durante un siglo?*

Es cierto que una minoría de intelectuales, como Jean-François Revel y Emanuel Todd en la Francia de los años setenta, denunció el fiasco del marxismo, pero me parece que lo hicieron concentrándose más en los indicadores sociales que llevaron a la caída final, y menos en el esquema teórico del que se desprendía la falacia. Se

ocuparon, acaso con razón, de cómo la Unión Soviética tambaleaba, pero no de cómo el Manifiesto Comunista engañaba.

Por ello prefiero enfatizar en nuestro diálogo la elucubración teórica; de ésta se deriva naturalmente toda crítica a la praxis.

Porque para demostrar el fracaso global no alcanzan los elocuentes indicadores: debe hurgarse adicionalmente el fundamento teórico del cual derivan inevitablemente.

Cabe la pregunta de si acaso puede reducirse ese fundamento fracasado a un principio fundamental.

2

LA INVIABILIDAD DEL SISTEMA

EL PROBLEMA EPISTEMOLÓGICO - EL MUNDO UNIVERSITARIO HOY

BL: Me parece muy pertinente tu planteo y muy necesario. Efectivamente, el fiasco, por un lado, y el entusiasmo en reincidir, por otro, debe verse en el plano teórico al efecto de detectar los motivos por los que no se abandonan los socialismos por inoperantes e inconvenientes. Es oportuna tu mención de Jean-François Revel porque es uno de los autores que, por ejemplo, en *La gran mascarada*, entre otras cosas, puntualiza la estrecha vinculación y hermandad intelectual entre el comunismo y el nacionalsocialismo y la raíz común de los socialismos marxistas y no-marxistas: su odio al liberalismo, a la institución de la propiedad privada y a todo vestigio de respeto recíproco.

Confío en que en el transcurso del trabajo que ahora emprendemos seamos capaces de contestar preguntas clave como las que ahora formulas, Gustavo, pero independientemente de la concepción estática de riqueza que se basa en la noción de la suma cero en el contexto de mi anterior referencia al redistribucionismo, antes de cerrar mi turno, hago breve alusión al título de nuestro libro.

Por cierto se trata de un título optimista y bastante paradójico puesto que si bien el socialismo está quebrado intelectualmente, como decimos, se adopta en diversos lugares con creciente entusiasmo. Entre otras cosas, está quebrado debido a contribuciones como la formidable de Ludwig von Mises en cuanto a que el socialis-

mo es imposible ya que al abolir la propiedad, no hay precios y, por ende, no hay posibilidad de evaluación de proyectos, de contabilidad o de cálculo económico en general. No se sabe si es más económico construir caminos con asfalto o con oro (y carece de sentido sostener que se debe hacer con lo que sea “técnicamente mejor” puesto que esa afirmación no puede separarse de los costos).

Dejando del lado la importantísima objeción de la masiva y repugnante destrucción humana, el derrumbe del Muro de la Vergüenza en Berlín se debió a que el socialismo no es un sistema viable. Por las razones apuntadas, no hay tal cosa como “la economía socialista”. Si en lugar de abolir la propiedad se restringe, en esa medida, los únicos indicadores que tiene el mercado para operar -los precios- se desdibujan y dejan de expresar las valorizaciones de la gente y, consecuentemente, en esa misma medida, se pierde el rumbo y se consume capital con lo que inexorablemente la gente se empobrece debido a que obtiene menores salarios.

Ahora bien, uno puede preguntarse el porqué de esa paradoja y creo que la respuesta -en gran medida- debe situarse en la ineptitud de nosotros los liberales para explicar lo devastador que significa el socialismo para todos, especialmente para los relativamente más pobres. Como tendemos a ser más benévolos con nosotros mismos que con terceros, esta conclusión calma los nervios y nos obliga a hacer mejor los deberes.

En realidad hay aquí un problema epistemológico: por su naturaleza el conocimiento está siempre disperso y fraccionado entre millones de personas. La pretensión de “dirigir la economía” revela una gran dosis de soberbia, de arrogancia y de petulancia puesto que concentra ignorancia en lugar de sacar partida de la referida dispersión del conocimiento. Por esto es que cuando se declama que no puede dejarse la economía a la anarquía del mercado y se procede en consecuencia, comienzan los faltantes y los severos desajustes. Por eso es que en las góndolas de los supermercados canadienses se encuentra el producto que buscamos sin haber avisado antes lo que requerimos, mientras que no hay productos, ni góndolas ni supermercados en Cuba.

Por último, con eso de las autopsias hay que tener cierto cuidado puesto que sabemos que la historia está plagada de muertes y resurrecciones. El sentido de “autopsia” en este libro se circunscribe

al campo intelectual ya que, como han apuntado autores de la talla de Hayek, la concepción socialista se basa en una presunción del conocimiento.

*

GP: El problema es que uno de los generadores de la disonancia cognitiva es curiosamente el mundo universitario. Solía suponerse que las universidades son centros destinados al debate de ideas y la libre investigación, una especie de oasis de racionalidad que se eleva por sobre el furor circundante, y un marco en el que la diversidad de opiniones permite fortalecer la sensatez de los argumentos.

Desafortunadamente no es así, y numerosas universidades públicas se han metamorfoseado en santuarios religiosos que imponen un dogma y acallan todo desvío de la línea oficial, tenido por herejía.

No sé si a ti también te ha ocurrido, al disertar en universidades en diversos países, tener que enfrentar a fanáticos, quienes no pocas veces son los mismísimos profesores o incluso los decanos, a los que se considera referentes en salvaguarda del debate equilibrado. Pareciera que seguir denominando “ciencias” a las sociales agrega a la confusión general.

Una buena parte de sus académicos, especialmente politólogos y sociólogos, son meros ideólogos que no consienten que la realidad los desvíe de su credo, y revisten con un aura de raciocinio universitario lo que no es más que una militancia política trasnochada. Los sacerdotes del marxismo simplemente eluden Vietnam, China, y la perestroika. No se dan por aludidos y hacen caso omiso de que su religión mostró ser un bárbaro espejismo. O peor que eso: una mera e inútil teoría que rebota en la realidad. Prosiguen apáticos ante un mundo que desmienten sus premisas, y éstas son artificialmente elevadas a “verdades académicas” a las que está prohibido cuestionar. De este modo se apaga en los estudiantes la luz de la crítica y se vuelven “religiosos”.

La paradoja es que una teoría que se ufana de ser profundamente materialista, se encierra en análisis puramente hipotéticos. Cuando se equivoca, lejos de volver a sopesar la teoría, se parapeta en visiones apocalípticas. Sostiene el “materialismo científico” pero rechaza el científico método de revisar cada paso para criticar sus resultados.

Cuando en 1933 Isaac Deutscher publicó *El peligro del barba-*

risimo sobre Europa, los comunistas lo expulsaron del partido por “exagerar el peligro del nazismo y difundir el pánico”. Nunca se desdijeron, porque reservan la autocrítica en exclusividad para sus contradictores.

Ludwig von Mises mostraba hace casi un siglo que el método del marxismo consiste en jamás permitir que se debatan sus postulados, y en siempre circunscribir su discurso a cuán malos somos los que estamos fuera del redil.

Un discípulo me refirió un triste ejemplo en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires a fin de 2011, cuando el dogma del marxismo volvió a imponerse con sus libros infalibles, sus profetas iluminados, y sus preguntas prohibidas. Se llevó a cabo un “panel” titulado *Cuba y el socialismo hoy*, en el que todos los panelistas previsiblemente coincidían.

No te aburriré desgranando las “ideas” que se expusieron, y que habrás adivinado: que hoy en día el socialismo es exitoso, y que la prueba de ello está en Cuba; que el mundo se hunde en la crisis final del capitalismo y que sólo Cuba resiste floreciente; que el “bloqueo” norteamericano es la causa de las pocas pequeñas falencias que quizás pudieren hallarse en alguna grieta de la sociedad cubana; que el enemigo es la burguesía y que la receta es la colectivización.

Todas estas improvisaciones de barricada política eran recibidas obsequiosamente por una audiencia que ya sabía qué iban a decirle y sólo aspiraba a responder amén. A algunos estudiantes libres se les ocurrió hacer algunas preguntas, sin reparar en que “el disenso es acientífico”. No fue leída la pregunta acerca de los escritores Cabrera Infante y Reinaldo Arenas, y sí leyeron la “pregunta” de “cómo hace la heroica Cuba para resistir el bloqueo”.

También en este aspecto, coinciden el comunismo y el nacional-socialismo. Entre otros lo ha señalado la obra cumbre de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (1951), que explora cómo las tiranías del siglo dañaron no sólo la civilización Occidental, sino la esencia misma del ser humano. Stalin y Hitler representaban una novedad sin precedentes: encarnaban totalitarismos basados en la ficción política y en el terror. Como su hipótesis era falsa, debía imponerse por la violencia: las pretendidas leyes de la historia o de la naturaleza, el triunfo ineludible de una clase social, o la inevitable victoria de la raza supuestamente superior.

Compartieron el uso de la ideología para modificar, por medio de la fuerza y de la intolerancia, la estructura de la sociedad, y de este modo homogeneizarla y controlarla en todos sus aspectos.

Me parece que lo que llevó a la necesidad de “ideologías” maniqueas e “infalibles” fue la imprevista enormidad de la tragedia durante la Primera Guerra Mundial, que generó en las sociedades beligerantes, la necesidad de identificar con precisión al enemigo y augurar un futuro sin incertidumbres ni zigzagueos. Dicha necesidad fue el campo fértil de los tres totalitarismos que nacieron en el primer tercio del siglo XX: el comunismo, el nazifascismo, y el islamismo radical.